

le decían que franqueáse las puertas de la ciudad á los Españoles, y así conseguiría el sacrificarlos, sin que se pudiesen escapar ni defender: otros, que los apartáse de sí, y tratáse de acabar con ellos sin dexarse ver: y él se inclinaba mas á esta opinión, haciendo le disonancia el atrevimiento de querer entrar en su Corte contra su voluntad, y teniendo á desayre de su poder aquella porfia contra sus órdenes, ó sirviéndose de la autoridad para mejorar el nombre á la soberbia. Pero quando supo que se hallaban ya en la provincia de Chalco, frustrado el ultimo stratagemata de la montaña, fue mayor su inquietud y su impaciencia: andaba como fuera de sí, no sabía que partido tomar: sus consejeros le dexaban en la misma incertidumbre que sus oráculos. Convocó finalmente una junta de sus magos y agoreros: profesion muy estimada en aquella tierra, donde habia muchos que se entendían con el demonio, y la falta de las ciencias daba opinión de sabios á los mas engañados. Propusoles que necesitaba de su habilidad para detener aquellos estrangeros, de cuyos designios estaba rezeloso. Mandóles que saliesen al camino y los ahuyentasen ó entorpeciesen con sus encantos, á la manera que solían obrar otros efectos extraordinarios en ocasiones de menor importancia. Ofrecióles grandes premios si lo consiguiesen, y los amenazó con pena de la vida si volviesen á su presencia sin haberlo conseguido.

Convoca
sus magos
y agoreros.

Valese de
sus artes pa-
ra detener
á los Espa-
ñoles.

Esta orden se puso en execucion, y con tantas veras, que se juntaron brevemente numerosas quadri-llas de nigrománticos, y salieron contra los Españoles, fiados en la eficacia de sus conjuros, y en el imperio que, á su parecer, tenían sobre la naturaleza. Refieren el Padre Josef de Acosta, y otros autores fidedignos, que quando llegaron al camino de Chalco, por donde venía marchando el ejército, y al empezar sus invocaciones y sus círculos, se les apareció el demonio en figura de uno de sus ídolos, á quien llamaban Tezcatlepuca, dios infausto y formidable, por cuya mano pasaban, á su entender, las pestes, las esterilidades y otros castigos del cielo. Venia como despechado y enfurecido, afeando con el ceño de la ira la misma fiereza del ídolo inclemente: y trahía sobre sus adornos ceñida una soga de esparto, que le apretaba con diferentes vueltas el pecho, para mayor significacion de su congoja, ó para dar á entender que le arrastraba mano invisible. Postraronse todos para darle adoracion: y él sin dexarse obligar de su rendimiento, y fingiendo la voz con la misma ilusion que imitó la figura, los habló en esta substancia: „ Ya, „ Mexicanos infelices, perdieron la fuerza vuestros „ conjuros, ya se desató enteramente la trabazon de „ nuestros pactos. Decid á Motezuma, que por sus „ crueldades y tiranias tiene decretada el cielo su rui- „ na: y para que le representeis mas vivamente la de-

Salen estos
al camino.

Apareció-
seles el de-
monio en
figura de u-
no de sus
ídolos.

Amenaza
del ídolo.

„solacion de su imperio, volved á mirar esa ciudad
 „miserable desamparada ya de vuestros dioses.” Di-
 cho esto, desapareció; y ellos vieron arder la ciudad
 en horribles llamas, que desvanecieron poco á poco,
 desocupando el ayre, y dexando sin alguna lesion los
 edificios. Volvieron á Motezuma con esta noticia,
 temerosos de su rigor, librando en ella su disculpa;
 pero le hicieron tanto asombro las amenazas de aquel
 dios infortunado y calamitoso, que se detuvo un rato
 sin responder, como quien recogia las fuerzas inte-
 riores, ó se acordaba de sí para no descaecer; y de-
 puesta desde aquel instante su natural ferocidad, di-
 xo, volviendo á mirar á los magos y á los demás que
 le asistian: „¿Qué podemos hacer si nos desamparan
 „nuestros dioses? Vengan los extranjeros, y cayga
 „sobre nosotros el cielo; que no nos hemos de es-
 „conder, ni es razon que nos halle fugitivos la cala-
 „midad. Y prosiguió poco despues: Solo me lastí-
 „man los viejos, niños y mugeres, á quien faltan las
 „manos para cuidar de su defensa.” En cuya consi-
 deracion se hizo alguna fuerza para detener las lagri-
 mas. No se puede negar que tuvo algo de Príncipe
 la primera proposicion: pues ofreció el pecho descu-
 bierto á la calamidad que tenia por inevitable; y no
 desdixo de la magestad la ternura con que llegó á
 considerar la opresion de sus vasallos. Afectos ambos
 de ánimo real, entre ctyas virtudes ó propiedades no

Vuelven
 los magos
 á Motezu-
 ma.

Su desalien-
 to y sus pa-
 labras.

Afectos de
 ánimo real.

cance, y caminó algunos pasos la infantería: de cu-
 yo movimiento resultó el conocerse que los Mexica-
 nos de la cumbre habian abandonado su fortaleza, y
 venian siguiendo la marcha por lo alto de la sierra:
 con que cesó el inconveniente que se habia conside-
 rado en dexarlos á las espaldas, y se prosiguió el ca-
 mino, sin mas ofensa que la importunacion de las vo-
 ces; hasta que se halló (cosa de legua y media mas
 adelante) otra fortaleza como la pasada, que tenian
 ya guarnecida los enemigos, habiendose adelantado
 para ocuparla: y aunque sus gritos y amenazas irrita-
 ron bastantemente á Cortés, estaba cerca la noche,
 y cerca el escarmiento para entrar en nuevas disputa-
 tas sin mayor exâmen.

Alojó su ejército cerca de un lugarcillo algo emi-
 nente que se halló despoblado, y descubria las sierras
 del contorno, donde se padeció grande incomodidad,
 porque faltó el agua, y era otro enemigo la sed, bas-
 tante á sobresaltar las horas del sosiego. Remedióse
 por la mañana esta necesidad en unos manantiales que
 se hallaron á poca distancia: y Hernan Cortés, orde-
 nando que le siguiese puesto en orden el ejército,
 se adelantó á reconocer aquella fortaleza que ocupa-
 ban los Mexicanos: y la halló mas inaccesible que la
 pasada, porque la subida era en forma de caracol, des-
 cubierto á las ofensas de la cumbre; pero reparando
 en que á tiro de arcabuz se levantaba otra eminencia

Prosiguese
 la marcha.

Hállase
 otra fortale-
 za del ene-
 migo.

Falta de
 agua en el
 ejército.

Era la subi-
 da mas difi-
 cultosa.

Ocupase
otra emi-
nencia cer-
cana.

que tenian sin guarnicion, mandó á los Capitanes Francisco Verdugo y Pedro de Barba, y al Tesorero Julian de Aldereté que subiesen á ocuparla con las bocas de fuego, para embarazar las defensas de la otra cumbre: lo qual se puso luego en execucion por camino encubierto á los enemigos, que á las primeras cargas se atemorizaron de ver la gente que perdian, y trataron solo de retirarse apresuradamente á un lugar de considerable poblacion, que se daba la mano con la misma fortaleza: cuya novedad se conoció abaxo en la intermision de las voces; y al mismo tiempo que se daban las órdenes para el ataque, avisaron de la montaña vecina que los Mexicanos abandonaban su fortaleza, y se iban desviando á lo interior de la tierra: con que se tuvo por ocioso reconocer aquel puésto que no se habia de conservar, ni era de consecuencia faltando el enemigo que le defendia.

Abandonan
su fortaleza
los Mexica-
nos.

Llaman
los vecinos
con señas
de paz.

Pero antes de volver á la marcha, se descubrieron en lo alto algunas mugeres que clamaban por la paz, tremolando y abatiendo unos paños blancos, y acompañando esta demostracion con otras señas de rendimiento, que obligaron á que se hiciese llamada: en cuya respuesta baxó luego el Cacique de aquella poblacion, y dió la obediencia, no solamente por la fortaleza en que residia, sinó por la otra que se dexaba en el camino, la qual era tambien de su jurisdiccion. Hizo su razonamiento con despejo de hom-

Baxa el
Cacique á
dar la obe-
diencia.

bre que tenia de su parte la verdad, atribuyendo la resistencia de aquellos montes al predominio de los Mexicanos: y Hernan Cortés admitió sus disculpas, porque le parecieron verisímiles, ó porque no era tiempo de apurar los escrúpulos de la razon. Sentia el Cacique como disfavor que pasáse por su distrito el ejército sin admitir el obsequio de sus vasallos; y por complacerle, fue necesario que subiesen con él dos compañías de Españoles á tomar por el Rey aquel género de posesion que se practicaba entonces.

Hecha con poca detencion esta diligencia, pasó el ejército á Guastepéque, lugar populoso, que dexó pacificado Gonzalo de Sandoval: y se halló tan poblado y bastecido como si estuviera en tiempo de paz, ó no hubiera padecido la opresion de los Mexicanos.

Pasa el
ejército á
Guastepé-
que.

Salió el Cacique al camino con los principales de su pueblo á convidar con su obediencia, y con el alojamiento que tenia prevenido en su palacio para los Españoles, y dentro de la poblacion para los Cabos de la gente confederada, ofreciendo asistir á los demás con los víveres que hubiesen menester: y de todo se desempeñó con igual providencia y liberalidad.

Convida
el Cacique
con el alo-
jamiento.

Era el palacio un edificio tan suntuoso, que pudiera competir con los de Motezuma, y de tanta capacidad, que se alojaron dentro de él todos los Españoles con bastante desahogo. Por la mañana los llevó á ver una huerta que tenia para su divertimiento (nada

Huerta
notable del
Cacique.

inferior á la que se halló en Iztapalápa) cuya grandeza y fertilidad mereció admiracion entonces, porque no esperaban tanto los ojos; y despues se halla referida entre las maravillas de aquel nuevo mundo. Corria su longitud mas de media legua, y poco menos su latitud: cuyo plano, igual por todas partes, llenaban con regular distribucion quantos géneros de frutales y plantas produce aquella tierra, con varios estanques, donde se recogian las aguas de los montes vecinos: y algunos espacios á manera de jardines, que ocupaban las flores y hierbas medicinales, puestas en diferentes quadros de mejor cultura y proporcion. Obra de hombre poderoso, con genio de agricultor, que ponía todo su estudio en aliñar con los adornos del arte la hermosura de la naturaleza.

Procuró Hernan Cortés empeñarle con algunas dádivas en su amistad: y porque recibió al entrar en la huerta aviso de que le aguardaban los enemigos en Quatlaváca, lugar del camino que se iba siguiendo, estuvo mal hallado en aquella recreacion, y se puso luego en marcha, no sin alguna desazon de haberse detenido mas que debiera. Propia condicion del cuidado, divertirse con dificultad, y volver con mayor fuerza si alguna vez se divierte.

Espera el
enemigo en
Quatlaváca.

CAPITULO XVIII.

PASA EL EXÉRCITO A QUATLAVÁCA, donde se rompió de nuevo á los Mexicanos; y despues á Suchímilco, donde se venció mayor dificultad, y se vió Hernan Cortés en contingencia de perderse.

ERa Quatlaváca lugar populoso, y fuerte por naturaleza, situado entre unas barrancas ó quiebras del terreno, cuya profundidad pasaria de ocho estados, y servia de foso á la poblacion, y de tránsito á los arroyos que baxaban de la sierra. Llegó el ejército á este parage, sujetando con poca dificultad las poblaciones intermedias; y ya tenian los Mexicanos cortadas las puentes de la entrada, y guarnecida su ribera con tanto número de gente, que parecia imposible pasar de la otra banda. Pero Hernan Cortés formó su ejército en distancia conveniente; y entretanto que los Españoles con sus bocas de fuego, y los confederados con sus flechas procuraban entretener al enemigo con frecuentes escaramuzas, se apartó á reconocer la quiebra: y hallandola poco mas abaxo considerablemente mas estrecha, discurrió y dispuso, casi á un mismo tiempo, que se formasen dos ó tres puentes de árboles enteros, cortados por el pie, los

Quatlaváca,
lugar aspe-
ro y fuerte.

Foso de
agua impe-
netrable.

Puente que
se hizo de
árboles cor-
tados.